

II Salón Nacional de Artes Plásticas

Los plausibles esfuerzos del Comité de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, dirigidos a promover las artes visuales en nuestro medio, principian a dar resultados positivos. El II "Salón Nacional de Artes Plásticas" por el organizado, y que se exhibe en el Museo de Reproducciones Pictóricas de la misma Universidad (Sótano de la Biblioteca Nacional), supera al anterior. La seriedad de este concurso y el monto de sus premios, no podían sino promover eficazmente la inquietud artística.

En el I Salón tuvimos la ocasión de registrar una ruinaria uniformidad: campeaba la letra y el espíritu de un rezagado y canchero expresionismo urico. Apenas si en casos aislados pudimos advertir timidas y magras incursiones en los problemas pictóricos de avanzada; casos en que, por lo demás, era dable registrar cierta inquietud y entusiasmo en estado de represión.

Hoy el panorama es otro: más variado. Y, a no dudarlo, de resultados del I Salón. Ya despunta claramente lo que siempre hemos echado de menos entre nosotros, y que nunca se podrá repetir hasta la saciedad: diversidad de tendencias en recíproca corrección; factor indispensable para poder consolidar un movimiento pictórico propulsor de calidad. Después de todo, y aunque parezca paradójico, hoy en arte la heterogeneidad es unitiva. Ninguna época como la nuestra ha ofrecido mejores y más oportunidades al desarrollo de la diversidad humana en términos de individualidad artística. Y en la encrucijada de individualidades es donde radica la unidad o personalidad cultural de un pueblo. Individualidades que, al mismo tiempo, contrarrestan esa tediosa y gregaria uniformidad impuesta al hombre por la sociedad industrial. En resumen, el II Salón muestra acentuadas líneas divisorias, tanto en tendencias como en calidad. Por un lado, un pequeño grupo de artistas acusa un decidido enfrentamiento a los problemas vigentes y una calidad muy superior a la mayoría; mayoría que continúa adicta a una pintura "bien hecha", estereotipada y exagüe. El otro extremo también se ha perfilado con nitidez: lo constituyen algunas obras que, relegadas a salas interiores o a rincones, no alcanzan ni siquiera el mínimo decoro que, en su presentación,

tuvieron el año pasado las de más bajo nivel.

En lo particular, descuelgan en el Salón los "Sobres" de Arias Vera. Nunca se dio entre nosotros una obra tan original como ésta. Grave error, sin embargo, si nos dejamos cautivar por la originalidad tan sólo, pues ella es aquí acertadamente vanguardista y pictórica. Con un gran sentido de actualidad y una buena dosis de humor, este pintor toma la trivial realidad del sobre aéreo y lo lleva al lienzo, como un holandés del siglo XVII, pongamos por caso, llevaba unos melones. Manifiesta la actual inclinación de la pintura joven a la materialidad o elementalidad de lo trivial; como si este arte quisiera enseñarnos —por amonadamiento— y no por fascinación que al hombre actual sólo le preocupa y ama los objetos por su mero utilitarismo, pues cuando se los presentan aislados y carentes de utilidad —vale decir, como obras de arte— se encuentra con que su interioridad sufre una dolorosa vacuidad: no sabe que hacer con su libertad interior; se ha olvidado recrear belleza.

Pero volvamos al Salón. Arias Vera, con un gran refinamiento pictórico e impecable ejecución, combina todos esos elementos de acentuada persuasión visual que son característicos del sobre aéreo (colores, sellos de correo, letras, números y matasellos). Logra, así, obras definitivas. (En obras no exhibidas en Lima, la superficie se enriquece aún más con los variados y atrayentes rayados de efecto "op" que la cubren totalmente).

Haciendo frente al problema del color puro, las obras de Fernández Huiman —el premiado— con su reciedumbre, simplicidad y pulcritud como méritos, los cuales sufren la ausen-

cia de un mayor vuelo cromático y de una más severa estructuración.

Más promisoros y vanguardistas, los cuadros de Zevallos con su "op art" bien asimilado, y cuyos mayores resultados pudimos ver en la muestra individual que acaba de realizar en el Instituto Peruano Norteamericano. Que haya tomado unos anillos concéntricos a lo Kenneth Nolan, no es ningún demérito. Así como en el pasado una misma mesa se pintaba de tantas maneras originales, hoy se puede hacer lo mismo con el cuadrado, el círculo o el anillo. Lo importante es el acorde cromático que Zevallos, no creyendo mucho pictóricamente autosuficiente, lastra con adornos.

Aquí cabe mencionar también a Ruiz Durand con su relieve de un elemento único en repetición ordenada, cuyos efectos lumínicos recuerdan al alemán Uecker.

Y, a pesar de la elementalidad y pobreza de materias propias del medio, celebramos el cinetismo cromo-lumínico de Varvarende.

Sagástegui, Hernández Saavedra y J. Dávila, son los pintores jóvenes que proyectan sobre su pintura el problema en el cual hallanse enfriados con desesperación y premunidos de talento para el color. En una época donde el acto de pintar se confiesa públicamente (pintura acción) o se le escenifica (Mathieu), no nos sorprende que un pintor joven no pare mientes en presentar en su obra el problema mismo que lo mantiene en un caos; exponer obras convencionalmente resueltas, significa, para este artista, claudicar. Con todo, un hacinamiento de formas influencias y problemas —fácil de solucionar si se adopta una actitud artística razonada— está impidiendo a estos pintores asir el color en su más íntima

y pura dimensión pictórica, como correspondería a su vocación.

Completando la variedad de tendencias, vale nombrar a Oreiana, quien presenta un impavido "pop art": un gran número de "Cnuyos" multicolores estructuran la superficie a la manera de una tela de Paracas. En escultura, Piscoya —el premiado— se distingue tacitamente en el Salón por su garra y talento, desafortunadamente aun dispersos.

A manera de apéndice, y en virtud de la importancia de este Salón anual, de la forma como está organizado y de la concurrencia de un crítico extranjero para presidir el jurado, creemos conveniente hacer la siguiente sugerión: modificar los estatutos en lo referente al veredicto del jurado, para que el acta deje de ser protocolar y, en ella, se consignen los nombres de los 5 o 10 artistas llamados corrientemente finalistas y semifinalistas, y, sobre todo, las razones que asisten a cada uno de los miembros del jurado para votar en favor de tal o cual obra. La publicación de tal acta beneficiaría a los artistas y al público. Pese a que el veredicto por mayoría o por unanimidad no cuenta en arte, sino un razonamiento de la sensibilidad, el procedimiento que proponemos no es muy usual. Lo sabemos. Pero en nuestro país lo importante es promover, y educar, antes que premiar; razonar, antes que señalar a dedo; descubrir méritos y deméritos, antes que establecer jerarquías.

J.A.